

Los Delirios

Por ENRIQUE GUARNER

Los delirios son series de ideas fijas, ideosincráticas e inamovibles, hacia las cuales la persona que las presenta nunca muestra la menor ambivalencia. Es decir, que a diferencia del pensamiento obsesivo, se está seguro de que la creencia que uno tiene indudablemente se basa en la realidad. En contraste con las concepciones normales, los delirios no pueden ser corregidos por más argumentos que se esgriman contra ellos. Podría decirse que las ideas extravagantes se dan comúnmente entre quienes vivimos en el mundo. El conductor de un automóvil que falla puede llegar a la conclusión de que todos los vehículos que fabrica un país son deficientes. Un aficionado a los toros que observa a un diestro que carece de poder determina que todos los nacidos en una región, no sirven para nada. Ello es una forma de generalizar desde algo particular hasta una totalidad. Este mecanismo tan común puede complicarse cuando por ejemplo un estudiante falla un examen y decide que como persona no vale nada, sufriendo un delirio de minusvalía. Por el contrario, puede difundir en el medio que le rodea que los profesores le son hostiles, o bien, que todo el mundo se ha concertado en su contra, en cuyo caso nos enfrentamos ante un delirio de persecución.

La idea de que se está enfermo puede volverse fija y si decidimos que nuestros órganos quieren destruirnos, presentaremos un delirio hipocondríaco. Asimismo podemos llegar a creer que no somos nada o que ninguna cosa existe, por lo que sufriremos de un delirio nihilista. En este artículo me voy a ocupar de los principales delirios que observamos clínicamente.

Delirio de persecución

Constituye la forma más frecuente de actividad delirante. Suele comenzar con ideas de referencia cuando los sujetos aseguran que los demás conocen sus defectos y se los señalan. Las gentes los esquivan o les muestran desprecio, aludiendo a sus fracasos. Detalles insignificantes son mal-interpretados adquiriendo grandes proporciones. Poco a poco, ello da lugar a una conducta hosca o desconfiada, la cual provoca rozamientos sociales. Cada vez la persona que sufre el delirio se retrae del círculo de relaciones y puede aislarse del mundo. Por su forma rara de interactuar se le juzga como extraño o condiciona una posición tensa y huraña.

Es precisamente esta actitud reservada de no querer comunicar sus pensamientos y reprimirlos, la que desencadena el desarrollo del delirio en el cual se convence cada vez más de la presión de los enemigos. Pronto la actividad se va sistematizando en contra de grupos conocidos, como pueden ser los ateos, católicos, masones, judíos, comunistas, los países imperialistas, etc.

A medida que crece el delirio se piensa que se les han abonado crímenes y que las autoridades lo persiguen. En una mujer puede surgir la idea de que se le quiere robar su honor sexual o inocularle una enfermedad incurable como pudiera ser el Sida. Tampoco resulta raro que se piense que sus enemigos les envíen corrientes eléctricas o energía atómica. Recuerdo una paciente que era influida por gases extraños que penetraban en su pensamiento.

A todo ello cabe agregar pseudopercepciones, la comida está envenenada, o del lavadero su... un humo que los atonta. La persona vive en medio del terror a ser atacada, inyectada, violada, etc.

En un principio antes de que estalle el delirio suele haber una tranquilidad aparente, pero una vez que se sistematiza; el ánimo se levanta y el sujeto aparece irritado, asegurando que la conflagración fue cierta, puesto que hubo alusiones en su contra en el noticiero de la televisión.

Podría concluirse que aquellos que sufren un delirio de persecución proyectan en los demás sus deseos destructivos, matando antes de que sus enemigos intenten efectuarlo. Al colocarlos afuera evitan la amenaza interna de la cual nunca lograrían escapar.

Delirio de los querulantes

Resulta bastante común y se manifiesta cuando una persona cree que ha sido seriamente perjudicada o que su dignidad fue pisoteada. Desde ese instante buscan pruebas de la mala intención de sus adversarios perdiendo cualquier medida de imparcialidad deformando los indicios hasta convertirlos en testimonios probatorios de que se les quiere destruir.

Los querulantes descuidan sus intereses personales, ocupaciones, negocios o profesión, enfrascándose en pleitos, procesos y querrelas con quienes les rodean. Estos pueden ser el propietario de su casa, los vecinos o aún los mismos familiares en la disputa de una herencia. A veces la contienda es contra las autoridades, sin que se den cuenta de la ineffectividad del pleito. Además, como en México una buena parte de los funcionarios gubernamentales también son paranoicos, la pelea no tiene fin. Es por ello que el sistema delirante se incrementa al ver que las influencias o parentescos determinan el resultado del juicio.

Es por esta razón el que para hacer el diagnóstico de un cuadro paranoide debemos observar si se producen «ilusiones», o sea, lo que denominamos «equivocaciones sensoriales». Por ejemplo, el que se observe que un abo-

gado ha cuchicheado con el de la parte contraria y se concluya que se ha «arreglado» secretamente el caso. También el interpretar una sonrisa o un apretón de manos por parte del juez, como una señal significativa desfavorable.

Resulta frecuente que en los querulantes surja lo que se denomina «falsos recuerdos», en los cuales declaraciones o escritos propios se deforman. Hechos admitidos anteriormente se consideran inventados por los adversarios o que fueron firmados bajo presión. La mayoría de los querulantes reúnen a su alrededor un cierto número de adeptos que creen a pies juntillas su posición. Su odio no tiene límite y además de su capacidad dialéctica suelen emplear en contra de sus enemigos los procedimientos más bajos.

Delirio de grandeza

Tanto los querulantes como aquellos que presentan ideas persecutorias sufren de megalomanía. Esta creencia parte de un sentimiento de inseguridad en lo que son. Todo paranoide es narcista y se muestra orgulloso de su astucia y sutileza. Casi siempre existe una sobre estimación de sí mismo y su amor propio resulta egoísta. El sujeto proyecta grandes planes e inventos científicos o artísticos. A veces parten de principios más o menos válidos, pero incorrectamente desarrollados. La mayoría de los delirantes creen estar conectados con grandes personalidades o tienen una misión superior que cumplir.

Delirio hipocondríaco

En el fondo es lo mismo acusar al exterior de estar en contra de uno, que reprochar al propio cuerpo, como si fuera nuestro perseguidor. Ordinariamente las ideas hipocondríacas se engendran por alguna alteración orgánica menor sin importancia. A veces suceden debido a que alguien menciona en una conversación la palabra «cáncer» o porque en una lectura casual se describe algún padecimiento raro.

Supuestamente la viscera escogida es objeto de gran atención, lo cual da lugar al aumento de la sensibilidad en el área señalada y a la aparición subjetiva de todo tipo de síntomas. La misma alerta modifica el latido cardíaco o produce vasoconstricción y se interpreta por el delirante como la prueba definitiva de que sus ideas son ciertas. El pensamiento se sobrevalora y pueden pasar años dedicados a descubrir enfermedades imaginarias. Continuamente se toman el pulso o la temperatura y dedican horas a contemplar frente al espejo la parte corporal que suponen patológica.

No es difícil encontrar la idea de que en el fondo alguien trató de aniquilarlos y que los médicos y sus medicamentos no hacen más que empeorarlos.

Otras formas delirantes

Ellas podrían ser: El delirio místico observado en mujeres con episodios de éxtasis con una tonalidad religiosa y derivado de un fondo erótico-masquista.

El delirio nihilista, en el cual se niega la existencia del mundo y de uno mismo. Se produce una concepción mágica del cosmos y el individuo puede caer en todo tipo de especulaciones metafísicas.

El delirio erótico puede presentarse cuando se afirma que uno es amado por alguna actriz importante o en el caso de una mujer por un personaje o gran figura política. Ellos nunca lo hacen patente pero lo señalan por indicios o detalles, por lo que no se requiere de otra prueba.

El delirio de empobrecimiento lo he observado en multimillonarios que poseen la convicción de que necesariamente perderán su fortuna y ahorran viviendo miserablemente.

El llamado «delirium tremens» constituye una denominación equivocada puesto que se trata de un episodio alucinatorio agudo observable en alcohólicos habituales. A veces se produce el episodio cuando un bebedor crónico deja momentáneamente de hacerlo y es por ello que Freud aseguró que demostraba la amnesia o la imposibilidad de soportar la vida en la ausencia del alcohol.